

JOHANNES TAULER

SERMONES

DEL TIEMPO DE ADVIENTO
A LA FIESTA DE PENTECOSTÉS

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2010

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Traducción y presentación de Miguel García-Baró

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2010
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1749-9
Depósito legal: S. 1153-2010
Impreso en España / Unión Europea
Gráficas Varona S.A.

PRESENTACIÓN

Miguel García-Baró

La dimensión de lo profundo es la que se abre primeramente al espíritu cuando los grandes acontecimientos de la vida lo hieren y lo configuran; mejor dicho, cuando lo hieren y lo obligan a reaccionar configurándose a sí mismo de un modo u otro. Nuestra libertad es, sobre todo, la índole de esta reacción a los acontecimientos, que quizá nos traza todo un camino existencial por el que avanzamos luego sin demasiada conciencia de que este progreso continúa siendo nuestra manera peculiar y libre de responder a los grandes sucesos enigmáticos que la vida nos ha deparado.

Aunque cada encuentro interpersonal lleva en germen un gran acontecimiento, habitualmente se nos pasa el tiempo en niveles poco profundos de la experiencia; justamente, entre experiencias y entre cosas que no nos obligan a cambiar de rumbo, que no nos dejan huella seria y que, en realidad, por más que nos ocupen y nos den a veces quebraderos de cabeza, en el fondo nos son casi indiferentes. Como dice una vieja palabra de la literatura espiritual, las experiencias cotidianas y las cosas de rutina y la superficialidad en el trato con los otros hombres nos son más *distracción* o *diversión* que gozo intenso o dolor profundo (es decir, *recogimiento*, *seriedad*, *unificación*). Recorremos, como escribía Agustín de Hipona, la región de las desemejanzas y de la carencia, y llega a parecernos que este plano, esta vida en dos dimensiones, es la integridad de la vida y es el mundo entero. La sacudida de los acontecimientos suele evitar que nos perdamos por estos vericuetos entretenidos o aburridos y que nos sumerjamos en aguas más profundas, esto es, en la acción real de la libertad y, al mismo tiempo, en la alegría y la pena que nos marcan y nos permiten cambiar.

En el orden del descubrimiento, la existencia humana está señalada a fuego por el acontecimiento de la muerte, por la certeza de que nuestro tiempo –y el de todas las personas– es breve en este mundo, y es irreversible, y viene, y pasa cargado de enigmas. Pero en el orden de la profundidad, quien sólo ha descubierto la seguridad de su propia muerte y no se ha dolido, más aún que por ella, por la muerte de algún otro y, en definitiva, por el destino perecedero de todos, buenos y malos, permanece todavía en capas superficiales. Sólo esta solidaridad en la finitud, extendida a todas las personas y quizá incluso –como quería Miguel de Unamuno– a todas las cosas del mundo, deja que nuestra vida cobre suficiente hondura y que en su ámbito se presenten la confianza absoluta, la esperanza absoluta y el amor que aspira a ser absoluto: las tres virtudes que nuestra tradición llama *teologales*. En la región de las raíces del alma, de las raíces de la libertad, en el *fondo del ser* –como dice Tauler– se está en un lugar donde el *yo* (en nominativo y en singular) queda reemplazado por el *mí* (en acusativo primero y en dativo después, si hacemos caso a Emmanuel Levinas y a Michel Henry); e incluso, según los místicos de la escuela del Maestro Eckhart, por una identidad que sólo imprecisamente se dice en singular y que sólo imprecisamente se dice en términos de finitud.

Esta identidad, que es la base y el suelo nutricio del yo, pero al mismo tiempo el refugio unificante al que se retira el hombre cuando su yo se ha distraído demasiado; este fondo, fundamento u *hondón del alma*, o también este *castillo interior*, es la obra primigenia de Dios hacia la creación y un espacio donde la gracia divina y la libertad humana actúan ambas, y hasta se mezcla de alguna manera la individualidad de nuestras vidas con la de los demás y con la inhabitación creadora, revelante y salvífica del Espíritu de Dios.

Johannes Tauler, como los otros grandes maestros espirituales de la tradición renana, lleva su reflexión hasta estas claridades excesivas de nosotros mismos que deslumbran a los ojos demasiado acostumbrados a la superficie del mundo. La alegoría socrática de la cueva se realiza aquí como camino que, al subir a las fuentes de la Vida, nos traslada al Centro de la realidad, centro también de nosotros mismos, situado en lo que nuestra equivocada perspectiva

toma por la más lejana altura, cuando no directamente por un sueño o por el objeto de una enfermedad de almas que no se ajustan al mundo como totalidad perfecta de cuanto existe.

Para cada uno, la vida de los demás es un misterio santo, porque la Vida, el Espíritu, que hace vivir todas las vidas desde el Fondo, es el Amor Santo.

En los tiempos que corren, cualquier verdadero reflejo de este Fondo que nos deparen la acción o la literatura merece ser registrado y meditado, como memorial de que la existencia personal posee moradas de infinito más gusto y más riesgo que las que están en la conversación y la acción superficiales. Seguramente habrá sido así en todas las épocas, pero no suena a exageración afirmar que el olvido y hasta la negación del Espíritu utilizan en el presente una retórica de potencia extraordinaria. Por esto me decido a comunicar con lectores en búsqueda de alimentos sólidos esta traducción de algo así como la mitad del catálogo de los sermones que conservamos de Tauler. No he tenido aquí pretensiones filológicas y espero completar, si encuentro gentes interesadas, esta traducción, quizá incluso elevando entonces la exigencia erudita, sin ponerla a reñir con el sabor del espíritu.

Tauler nació, con el siglo XIV, en Estrasburgo, en cuyo convento de la Orden de Predicadores ingresó alrededor de 1315, precisamente coincidiendo con la estancia en el mismo lugar del Maestro Eckhart. Este convento estaba comprendido en la provincia dominicana de Teutonia y disponía de una escuela de preparación teológica, dependiente del estudio principal de Colonia. Quizá Tauler avanzó en el conocimiento de la teología (y de la doctrina de Eckhart) en los cursos de este *studium generale*.

También al insigne Maestro aparece de alguna manera vinculado Tauler en el momento en que comienza, unos diez años después, su actividad pública, porque simultáneamente se suscita contra el anciano sabio la acusación inquisitorial que hizo tan duro el final de su vida. Inmediatamente, Enrique Suso, amigo de Tauler y pocos años mayor en edad que éste, se lanza a la defensa de Eckhart.

Las peores turbulencias del largo proceso que se abrió en 1326 no sólo costaron el apartamiento temporal de Suso de su cátedra

teológica, sino la expulsión de los dominicos de Estrasburgo, en medio de un conflicto que dividía la Orden y en el que intervenían factores políticos que involucraban al papado en Aviñón y a la compleja situación del Imperio. Hay que tener en cuenta que la primera mitad del siglo XIV vio conmociones tales como el atentado contra Bonifacio VIII tramado por Felipe el Hermoso, rey de Francia; el final sangriento de la Orden de los Templarios; las escisiones en el franciscanismo ocasionadas por los *fratricelli*; la existencia, desde 1314, de dos emperadores; la diatriba de Occam contra el Papa, al amparo de Luis de Baviera (uno de estos emperadores); el comienzo de la guerra de los Cien Años, y la gran epidemia de peste de 1349.

Tauler, expulsado del convento de Estrasburgo, se vio obligado a vivir por diez años en Colonia y, sobre todo, en Basilea. La mayor parte del periodo entre 1340 y la fecha aproximada de su muerte (1361), estuvo Tauler, sin embargo, en Estrasburgo otra vez. Sus sermones, en alemán popular, dirigidos muy frecuentemente a las hermanas de la Orden dominica, no consta en qué fecha y qué lugar fueron pronunciados, pero seguramente todas las ciudades mencionadas, y en especial Estrasburgo en los veinte años finales de su vida, los conocerían.

No quiero, de ninguna manera, interponerme con comentarios doctrinales, ni elogiosos ni críticos, entre el lector y el autor de estos textos. Baste con decir que la impronta de Eckhart es omnipresente y que las dulcificaciones verbales de la enseñanza hicieron a ésta particularmente apta para ser transmitida luego en la dirección de otras regiones de la Cristiandad y, en especial, de la España de los siglos XV y XVI.

Deseo dedicar este trabajo a Silvia Bara, la excelente estudiosa de esta fuente perdurable de la espiritualidad de la Orden a la que ella pertenece.

SERMONES
DE ADVIENTO A PENTECOSTÉS

PARA EMPLEAR BIEN EL DÍA

Revela al Señor tu vía (Sal 37, 5)

1. He aquí lo que escribe el profeta en el salmo: «Revela al Señor tu vía; espera en Él y Él mismo actuará».

El hombre debería proponerse siempre estas palabras para meditar, porque el que puede buscar encuentra en ellas lo necesario para todo lo que nos exige una vida divina: «Revela al Señor tu vía; espera en Él y Él mismo actuará».

Hijas mías, voy a explicaros ahora cuáles deben ser vuestros ejercicios y cómo los haréis exterior e interiormente, en el espíritu y en la naturaleza. Pues cuando uno tiene vino bueno también debe tener siempre un tonel en buen estado para conservarlo; de la misma manera, una naturaleza verdaderamente buena y bien ordenada hace un buen fondo bien ordenado, buenas obras y buenas prácticas.

Las prácticas consisten en ayunos, vigiliass y silencio. Pero ¿cómo debe hacerse este ayuno? Las hermanas que puedan realizarlo sin violentar su naturaleza, pueden observar los ayunos regulares; pero no quiero insistir en esta obligación y urgirla. Ved lo que haréis: comed por la mañana lo que necesitéis; os deajo a cada una el cuidado de decidir la calidad del alimento, según las necesidades y el provecho de la naturaleza; al caer la tarde, comed muy poco, que es bueno tanto para el espíritu como para la naturaleza.

Hay que acostarse temprano, en cuanto terminan las completas, para que después de medianoche se esté lo más despierto posible y pueda recogerse en Dios eficazmente. Pero si alguien

no se puede dormir al atardecer, que permanezca en paz y se aplique a lo que habría querido hacer tras maitines.

Aprended a conservar la paz en todo cuanto suceda, venga de donde venga. Tras maitines, quedaos en el coro más o menos el tiempo de una misa cantada; estad sobre todo atentas a vuestro corazón y a vuestro fondo. Si la cabeza se os debilita y la naturaleza se vuelve demasiado pesada, id a la celda, y allí donde mejor se encuentre la naturaleza, en el lecho o quizá sentadas sobre él, recogeos plenamente en vosotras mismas. El recogimiento se hace mejor en una postura cómoda, pues si la naturaleza se atormenta y violenta, se vuelve grosera y se disipa, y la persona duerme entonces demasiado profunda y groseramente.

2. Una vez que estéis en una postura cómoda, proponéos meditar este versículo: «Revela al Señor tu vía; espera en Él y Él mismo actuará».

¿Qué quiere decir? ¿Que debes manifestar tu vía a nuestro Señor, cuando todo le está manifiesto y todo lo conoce? Significa que debes mostrarte y darte a conocer a ti misma cuál es tu camino.

El primer paso es considerar y conocer verdadera y profundamente los propios defectos. Por aquí empiezan todos los amigos de Dios. Debes quejarte con calma a Dios por tus defectos, sean los que sean, y le darás luego a conocer y le indicarás todas las clases de gracias, virtudes y otros bienes que desees, como lo harías con tu único amigo, el amigo queridísimo, el más amado. Preséntale todas estas súplicas, quéjate de todos tus males y defectos, y confíate a Él con toda paz. «Y Él mismo actuará». Si dos hombres presentaran una petición a nuestro Señor y uno le pidiera una gracia aparentemente imposible, pero con plena confianza en Él, y el otro le pidiera algo de poco valor pero sin confiar del todo en Él, el que pidió la gracia que parecía imposible sería escuchado más y mucho antes, debido a su gran confianza, que no el segundo con su pequeña petición. «Al que cree,

dijo Cristo, todo le es posible». Creed, es decir, tened confianza en Dios: verdaderamente es Él quien actuará. Dios y el profeta no mienten: tened confianza en Él; porque de la misma manera que no es posible amarlo demasiado, tampoco cabe que alguien confíe demasiado en Él. Lo que querías decirme, eso de lo que querías quejarte a mí o a otro maestro, o a un buen amigo, díselo y ofréceselo. «Y Él actuará», y estará cien mil veces más dispuesto a actuar de lo que tú mismo estás a recibir. Él está mil y mil veces más presto a dar que el hombre a recibir. Si quieres obtener el perdón de los pecados y recibir gracias, sólo tienes que confiar, con verdadera fidelidad, pero sin querer al mismo tiempo vivir en la perversión. Así es como se adquieren las virtudes y nos desembarazamos de los vicios. Si alguien se recogiera de este modo interiormente y no pudiera tener ninguna representación particular de nuestro Señor, que empiece, en nombre de Dios, sus buenas prácticas habituales, del género que sean, precisamente aquéllas para las que está en mejor disposición: la contemplación de la vida, la pasión o las llagas de nuestro Señor.

Todo esto hay que hacerlo sin buscar la voluntad personal, de modo que si quisiera Dios atraer al alma interiormente, ella lo siga de inmediato. Si Dios la atrae a una familiaridad todavía más íntima, no debe indagar con los sentidos sobre qué puede ser esta impresión y sus cualidades, sino que ha de remitirse en todo a Dios con perfecta sencillez. Es Él quien actuará; tú sólo espera. Si te viene la idea de rezar por alguien o la de pensar en tus defectos, ofrécele estos pensamientos con toda sencillez. «Espera en Él, que Él lo hará».

3. Nunca dejes que te invada la melancolía, porque impide todo bien. Si notas que Dios te atrae a Sí interiormente, abandona todo lo demás, síguelo sencillamente, deja a un lado todas las imágenes. Si se te presentan pensamientos repentinos, échalos fuera aunque se trate de iluminaciones divinas. No te arrogues a ti misma nada con los sentidos. Y si no lo logras del todo,

deja a Dios que se preocupe por ti. «Él lo hará». Al alba llega el sueño. Hijas mías, este sueño fortalece mucho la naturaleza; purifica la naturaleza y la razón, fortalece el cerebro, y el hombre queda para todo el día más en paz, con más benevolencia y más calma, por la virtud del ejercicio interior en el que se ha unido a Dios. Gracias a ello, todas tus obras se ordenan debidamente, y cuando una persona ha ordenado bien de antemano sus trabajos y ha establecido su vida sobre las virtudes, sus acciones, cuando llegue la ocasión de actuar, serán virtuosas y divinas.

Querida hija, si en este tiempo de recogimiento interior te duermes un poco, a tu pesar, y dejas caer tu cabeza, no te inquietes. El recogimiento que se mezcla con el sueño muchas veces es mejor que muchas prácticas sensibles y exteriores en el estado de plena vigilia. Rehazte, *sursum corda*, arriba los corazones. Nunca irás a Dios con demasiada frecuencia. Vuélvete internamente hacia Él y di con el profeta: «Señor, mi rostro busca tu rostro, no apartes tu rostro de mí». Vuelve así tu rostro, con tu interior bien despojado y tratando de vislumbrar el rostro de Dios. Cuando el interior que no tiene nombre se presenta así interiormente a Dios, tras él, e incluso a la vez que él, se presenta todo lo que sí tiene nombre en el hombre, y responde a lo que hay en Dios. Por su parte, lo que no tiene nombre, lo que en Dios es desconocido, y con esto desconocido todo lo que tiene en Dios un nombre, se presenta al hombre en su interior. Pero para ello es de gran ayuda que el hombre exterior esté en reposo, sin moverse, en silencio, y que nada turbe exteriormente el cuerpo. Queridas hijas, a cambio de este reposo, Dios os dará el reino de los cielos y se dará a vosotras a Sí mismo.

4. Veamos ahora el otro versículo: «Y Él conducirá, como una luz, tu justicia». ¿En qué consiste nuestra justicia? En que nos conozcamos a nosotros mismos. San Bernardo dice: «El más alto conocimiento, el mejor, el que nos lleva más cerca de Dios, es el conocimiento de nosotros mismos».